



Valencia - 31 - agosto - 1968

Queridos hermanos:

Os anuncio la santa muerte del

Sac. D. José Puertas Alberdi

acaecida en esta casa el 28 de agosto, a sus 82 años de edad.

Nació José Puertas Alberdi en el patriarcal pueblo de Azcoitia (Guipuzcoa), en una familia singularmente piadosa, honrada y trabajadora.



A la muerte de su padre, entró ya de mocito en la casa de Sarriá para ser aspirante salesiano.

Transcurrido en ella el noviciado, emitió los votos temporales el año 1909; y tres años más tarde, los perpetuos.

Con la santa audacia de los amigos íntimos de Jesucristo, de los que pueden decir con verdad: "No vivo yo sino que vive Cristo en mí", nos prometió Don Bosco a los salesianos: pan, trabajo y paraíso.

Todo eso encontró José Puertas Alberdi en nuestra Congregación, ya en el trienio de clérigo en la casa de Sarriá, ya ordenado sacerdote en el cargo de prefecto de las casas de Salamanca, Madrid y Valencia, ya de director del Boletín Salesiano Español por seis años en la casa madre de Turín, ya por otros tres de director de la de Baracaldo, ya por todo un sexenio de inspector en Chile, ya de verdadero salvador y guía, al frente de la gran casa profesional de Deusto-Bilbao, ya, por fin, de administrador de esta modesta comunidad salesiana arzobispal.

Se cumplió la promesa de Don Bosco: pan y trabajo, a ojos vista, en la tierra; y paraíso, al dejarla. El padre Puertas Alberdi no tuvo jamás la menor duda, la menor perplejidad de llegar a él al fin de la jornada salesiana.

Pasó rodeado del cariño y de los cuidados más esmerados de todos nosotros y de las santas religiosas Tercarias Franciscanas del Buen Consejo, los quince últimos años de su vida.

Creemos que por ese cariño y ese esmero falló el pronóstico de los mejores médicos, sus amigos, que dieron a su cáncer dos o a lo más tres meses de zapa. Y, no; vivió con él en pie y en incansable trabajo unos tres años, casi hasta su serena y santa muerte.

Tuvo lugar el rito del sepelio en nuestra parroquia de San Antonio Abad, concelebrando con el queridísimo señor Inspector los sacerdotes de la misma. Canté yo el responso, acompañado por la fervorosa oración de todos los hermanos.

No pocas cosas cabría resaltar en este gran hijo de nuestra Congregación.

La pureza de costumbres; pues fue espejo de reserva y delicadeza salesiana, y jamás se hizo a ninguna suerte de manga ancha, a pesar de las ligerezas de los tiempos que corremos.



La integridad de salesianismo; pues ni el dinero, ni el aplauso, ni la tirazón de parentesco, a pesar de amar entrañablemente a los suyos, le apartaron un ápice de ella. Fruto fue esa integridad del amor más acendrado a nuestra Congregación, a la de ayer y a la de hoy; pero con particular cariño a la que él pudo vivir de lleno. Era el padre Puertas Alberdi la viva demostración del **senex laudator temporis acti**, y, en cambio, no lo era del **natura loquacior**, sino que se mantuvo siempre como quería Don Bosco: "hombre de pocas palabras y muchos hechos".

¡Qué salesianos!, decía añorando sus años de oro.

¡Qué superiores! ¡qué trabajar sin ahorrarse y sin remilgos! ¡qué amor a nuestra Madre María Auxiliadora! ¡qué amor a superiores y hermanos! ¡qué obediencia filial, sumisa y amorosa! ¡qué santa y alegre vida de familia!

Por Don Rinaldi sentía, como sentimos todos los salesianos españoles de otrora, verdadera fascinación, devoción sincera; recordando hasta los menores detalles de su trato.

Estaba también persuadido de la santidad de tantos y tantos otros salesianos de su tiempo; y entre ellos, muy en particular, de su antecesor en la inspectoría de Chile: Don Pedro Beruti.

El amor al trabajo. No apartó el hombro; no se ahorró. Arrostrando todas las molestias de su incurable enfermedad, estuvo al remo hasta el fin, administrador de esta comunidad, confesor de comunidades religiosas, profesor de religión de las Esperanzas de las Señoritas Operarias Parroquiales; y en particular, muy en particular, de la Escuela Diocesana de Asistentes Técnicos Sanitarios, que le veneraban y para las cuales, las virtudes, las palabras, la venerable ancianidad del padre Puertas Alberdi, fueron continua luz y aliento a través de más de una docena de años, y su gran consuelo. Ellas, con la oración y el cariño, le llevarán insepulto en el alma.

Roguemos todos, hermanos, aún estando seguros de su intercesión en el Cielo. Roguemos e imitemos.

Rogad también en caridad por mí.

Afectísimo hermano en Jesucristo

Marcelino, arzobispo dim. de Valencia
S. D. B.

